

DENNY N. DWIGHT

CRIATURAS ECONÓMICAS

LIBRO UNO – UNA HISTORIA DE LOS
NO MUERTOS

1ª edición 2025

© / Copyright: 2025 Denny N. Dwight

Editorial: Freeze Verlag

Título original: *Economic Creatures – Buch eins – Eine Geschichte über die Untoten*

Foto de portada: Denny N. Dwight

Diseño de la portada e ilustraciones: Denny N. Dwight

Corrección (coherencia y estructura): Valeska Harrer, Sebastian Kroker

Corrección (ortografía y gramática): Valeska Harrer

Dennis Nowakowski

Dinnendahlstr. 43

46145 Oberhausen

Correo electrónico: d.nowakowski@hotmail.de

Esta obra, incluidos todos sus contenidos, está protegida por derechos de autor. Todos los derechos reservados. Queda prohibida toda reproducción, total o parcial, por cualquier medio (impresión, fotocopia u otros métodos), así como el almacenamiento, tratamiento, reproducción o difusión mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo, sin la autorización previa y por escrito de la editorial. Todos los derechos de traducción están reservados.

La criatura

El sudor me corría por todos los poros mientras atravesaba el bosque. La oscuridad dificultaba mi avance, y una y otra vez, ramas pequeñas me azotaban el rostro, desgarrándome la piel con dolor. Poco a poco se hacían notar los dolores que me había llevado del primer combate con la criatura. Me dolía la cara por el golpe rápido que me había dado, no sabía si a propósito o por instinto. Al menos ya no sangraba por la nariz, pues la sangre se había secado y congelado. La maldita nieve caía sin cesar del cielo, nublando mi vista, aunque podía distinguir bien las siluetas de los numerosos no muertos que pasaban a mi lado. Tropecé varias veces con ramas, piedras o troncos muertos, porque esa maldita niebla flotaba como una alfombra blanca sobre el suelo y me impedía ver hacia abajo. Por suerte, siempre lograba recuperar el equilibrio y seguir corriendo sin mayores daños. Pero con cada paso, las tornas podían cambiar en favor de mi enemigo. Si ahora me rompía una pierna o sufría alguna otra herida, estaba perdido.

Era increíble cómo el clima me había jugado malas pasadas en los últimos meses. En realidad, ni siquiera sabía con certeza de qué huía, aunque ya me había enfrentado a esa criatura y había oído cosas. Me alcanzaba, poco a poco, paso a paso. Ser perseguido por una bestia despiadada a través del bosque es una experiencia que no le deseo a nadie. Hasta ahora, siempre había sido yo el que cazaba, no el cazado, y por eso esta situación me repugnaba el doble. ¿Así se habrán sentido aquellos a los que les quité la vida? Probar mi propia medicina no me sentaba nada bien, y de todos modos, la comparación no era del todo justa. Nunca maté por capricho ni por venganza. Fui víctima de las circunstancias, digamos, cumplía órdenes o simplemente luchaba por sobrevivir. No, la situación en la que me encontraba era obra de fuerzas sin escrúpulos, que no sentían el más mínimo aprecio por la humanidad. Crearon algo que rozaba la crueldad absoluta, que arrojó al mundo a la miseria. Una criatura que nos infectaba, nos transformaba y nos convertía en algo peor que

cualquier pesadilla. Algo sin conciencia, sin miedo ni empatía, pero con un apetito insaciable por la carne. Un proceso lento al principio, al que no se le dio importancia, hasta que fue demasiado tarde. “Eso sólo le pasa a los demás”, repetían en sus cabezas los humanos, como siempre. No sólo en relación con esta catástrofe, sino con todo aquello que pudiera perturbar su existencia perfecta. Las guerras no importaban si estaban lo suficientemente lejos. Sus vidas eran decoradas como querían, guiados por personas que nunca pasaron hambre, ni sufrieron pérdidas. Gente que nos decía qué era importante en la vida sin haber trabajado un solo día por su lujo. Los mismos que nos sonreían con falsedad desde la pantalla, fingiendo saber qué estaba bien y qué mal. Nos llenaban la cabeza de valores morales y derechos humanos, pero no dudaban en pasar por encima de cadáveres. Nos aseguraban que todo estaba bien, mientras oprimían a su propio pueblo, iniciaban guerras, o peor aún, traían guerra, pobreza y hambre a nuestras puertas. Pero la joya de nuestra sistemática destrucción era “Él”.

Ese ser que ahora me perseguía sin descanso por el bosque. Para ser sincero, yo mismo había elegido esto. Bastante estúpido, viéndolo en retrospectiva. ¿Quién salta voluntariamente a un tanque lleno de tiburones y encima se hace un corte antes? ¿Por qué me hacía esto? Después de que el mundo colapsara, ya no había objetivos reales, más allá de sobrevivir y encontrar comida. Muchos no sabían cómo mantenerse con vida, ya que no había centros comerciales ni cadenas de hamburguesas. La gente recién empezaba a entender su dependencia de las corporaciones que los habían enfermado y vuelto inútiles. Consumían medios que los volvieron cada vez más estúpidos, se reunían en redes sociales que les hacían creer que tenían amigos. El instinto primitivo del cazador, del individuo, nos fue arrebatado hace mucho. Fuimos criados como masas incapaces de pensar, listas para ser conducidas al matadero. A mí no me matan tan fácil. Pueden intentarlo, pero no me entregaré. Mucho menos por esa maldita criatura que estaba tan cerca que sentía su aliento en mi nuca. Ese ser me obligó a abandonar mi refugio, a darle

la espalda a una vida tranquila, incluso larga, y a dejar atrás mi seguridad. ¿Cuántas almas llevas ya en tu conciencia? Puede que no seas como los que has mordido y condenado, pero tampoco eres tan inteligente como un ser humano. Te voy a atrapar, y entonces se acabó para ti. No volverás a inyectar tu veneno ni a convertir a inocentes en bestias salvajes.

El final del bosque estaba cerca. No debía tropezar. No ahora. Reduje la velocidad poco a poco hasta detenerme. Con las manos apoyadas en los muslos, respiraba con dificultad y observaba atentamente a mi alrededor. Un escenario espeluznante, como en las viejas películas de terror que mi padre solía mostrarme. Me encantaban esas películas, y ese miedo irracional que provocaban. Pero esta realidad no me daba miedo. El niño que no podía dormir a oscuras ya no existía. Quedaban pocos metros hasta el borde del bosque. Más allá, se abría un claro del tamaño de un campo de fútbol, curiosamente menos nevado que el resto del paisaje. Un ruido me sacó de mis pensamientos. Me giré bruscamente. Sólo oscuridad, ramas, troncos... y ese silencio espeluznante. Algo se movió fugazmente entre la niebla, proyectando una larga sombra sobre el suelo blanco y brillante del bosque. Di media vuelta y corrí por el claro, que terminaba abruptamente en un acantilado. Miré hacia abajo, pero no veía el fondo. Por un instante, consideré saltar. Pero mi instinto de supervivencia fue más fuerte. Las copas de los altos árboles apenas eran visibles, envueltas en la densa niebla como por un manto gigantesco. Rambo, al menos, pudo ver lo que le esperaba cuando saltó desde la roca.

Empapado, me apoyé en los muslos, respirando con dificultad, el vapor saliendo de mi boca. Mis pulmones ardían. Ojalá la nieve hubiera borrado mis huellas, pensé. Pero no me engañaba. Él me encontraría. Tenía que encontrarme. Era algo personal. Ruidos surgieron del bosque, que se cernía como una sombra amenazante ante mí. Contuve la respiración, miré a derecha e izquierda. Unos segundos de silencio helado. Entonces lo vi. Su figura emergió lentamente del bosque oscuro y se quedó inmóvil. La noche, la nieve cayendo y el bosque neblinoso detrás le daban un aire irreal. Alto, delgado,

pelo largo y garras capaces de destrozar. Se quedó ahí, inmóvil, igual que minutos antes, cuando nos vimos por primera vez y luchamos. Aunque no podía ver sus ojos, sentía su mirada helada recorrerme la espalda. Con los brazos colgando al frente, ligeramente encorvado, me observaba. Me quité la chaqueta gruesa y el jersey de cuello alto, que sólo me estorbaban para lo que pensaba hacer, y sentí al instante el frío cortante. Al menos ahora estaba despierto, alerta y listo para todo. Ya no había vuelta atrás, ni para él ni para mí.

Poco a poco, más siluetas aparecieron tras él, emergiendo de la niebla, tambaleándose hacia mí. Al principio eran pocas, pero rápidamente superaron la treintena, según mis cálculos. Su ejército de no muertos descerebrados, que ni siquiera necesitaban órdenes. Aunque durante mucho tiempo le atribuí esa habilidad, para justificar el caos continuo. El corazón me latía con fuerza, la boca se me secó y sentí náuseas. Las manos me temblaban. Me sentía como Arnold en "Depredador", cuando finalmente se enfrentó al monstruo cara a cara y recibió una buena paliza antes de que la suerte le salvara el pellejo. Eso era lo único en lo que podía confiar ahora: la suerte. No tenía armas de fuego. Y mi cuchillo estaba perdido en la nieve, a saber dónde. A pesar de la pequeña sorpresa escondida en el bolsillo de mi pantalón, dudé por un momento. ¿Me habré sobreestimado esta vez? No era el mejor momento para reflexionar, pero ya estaba metido hasta el cuello. Parecía más grande y más amenazante que antes.

De repente, y con una velocidad que no esperaba, la figura oscura se lanzó hacia mí. Primero sobre dos piernas, con pasos cortos y rápidos. Luego sobre las cuatro, como una bestia rabiosa que no pensaba dejar escapar a su presa. Nos separaban apenas treinta metros. Con cada zancada, la criatura ganaba velocidad, como un lobo enloquecido por la sangre. Pero más decidido, más agresivo, más impredecible. Cada vez que tocaba el suelo nevado, la niebla se apartaba, como el vapor de una bañera caliente, como si incluso la naturaleza temiera a esa criatura y le abriera paso. Quince metros. Curiosamente, con cada

metro que se acercaba, me sentía más tranquilo. Las manos ya no temblaban, mi pulso estaba casi en reposo. Una última mirada soñadora al cielo, al que ahora colgaba una luna nublada como una bombilla gigante, tiñendo la noche de un gris azulado. Metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué el único arma que podía salvarme la vida. No tenía miedo. Mi cuerpo estaba lleno de adrenalina, los músculos tensos al máximo, y toda mi atención enfocada en él. Nunca había perdido una pelea. Y no pensaba empezar ahora. Con ese pensamiento, inicié mi carrera, directo hacia mi enemigo.

—Ven, cabrón —murmuré entre dientes.